

# PARAFINA Y SALITRE

ROBERTO VALENTÍN CARRERA



**KOLIMA**  
BOOKS

Título original: *Parafina y salitre*

Primera edición: diciembre 2025

© 2025 Editorial Kolima, Madrid

**[www.editorialkolima.com](http://www.editorialkolima.com)**

Autor: Roberto Valentín Carrera

Dirección editorial: Marta Prieto Asirón

Cubierta: David Visea

Maquetación: Carolina Hernández Alarcón

ISBN: 978-84-10209-91-6

Depósito legal: M-25947-2025

*Impreso en España*

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

### **Banda sonora de Parafina y salitre**

Aquí encontrarás la banda sonora de esta novela. Cada una de las canciones que cito en la misma las puedes escuchar en:





*«En el mar no hay pasado,  
presente o futuro, solo paz».*

JACQUES COUSTEAU



# ÍNDICE

PRÓLOGO .....	9
CAPÍTULO 1. UN CUERPO EN EL SKATEPARK .....	11
CAPÍTULO 2. EL POLICÍA DEL KARMA .....	20
CAPÍTULO 3. DETERMINACIÓN .....	23
CAPÍTULO 4. UN HERMANO, UNA PROFESORA, UNA NOVIA .....	28
CAPÍTULO 5. EL ACCIDENTE .....	46
CAPÍTULO 6. <i>RICHIE</i> .....	53
CAPÍTULO 7. CLASES DE INGLÉS .....	64
CAPÍTULO 8. LA RECAÍDA .....	70
CAPÍTULO 9. TODO PUEDE IR A PEOR .....	82
CAPÍTULO 10. HERIDAS POR CICATRIZAR .....	86
CAPÍTULO 11. LA OFRENDA .....	103
CAPÍTULO 12. LA DESPEDIDA .....	112
CAPÍTULO 13. WHISKY BARATO .....	119
CAPÍTULO 14. LA NOVIA DE <i>NANDO</i> .....	131
CAPÍTULO 15. SUICIDIO .....	140
CAPÍTULO 16. TERNURA .....	144

CAPÍTULO 17. LE SALVA LA VIDA .....	154
CAPÍTULO 18. EDU EN COMA, LARA DESAPARECIDA .....	166
CAPÍTULO 19. SUMISA.....	173
CAPÍTULO 20. ELLA LO SABE, ESOS HIJOS DE PUTA NO.....	182
CAPÍTULO 21. TODO ESTÁ UNIDO .....	187
CAPÍTULO 22. LA CAÍDA .....	195
CAPÍTULO 23. NANDO SE VA .....	198
EPÍLOGO. LA CHATA.....	205
AGRADECIMIENTOS .....	207

## PRÓLOGO

¿Una novela policíaca más? Sí pero no. *Parafina y Salitre* tiene la estructura propia del género, muy bien compuesta y que nos lleva de principio a fin en la resolución de un misterio, con un muerto en extrañas circunstancias, un desaparecido y una investigación a cargo de un personaje que no es un policía, pero que, como muchos inspectores del género, está desencantado y al cabo de la calle, y que intenta salir del pozo del alcohol con ese «último caso» que quizá le salve del abismo. Será Lucía, una surfista que ha vivido a tumba abierta, la que querrá resolver la muerte de otro surfista como ella, y que pasará miedo y zozobra –y nosotros con ella– en su peregrinaje hacia esa iluminación interior de todo ser humano.

Lo que no verá el lector en otras novelas policiacas son los amaneceres y puestas de sol pintados por un impresionista en que el yo se funde con la naturaleza en esa inexplicable unidad con el Todo que algunos jamás llegan a experimentar en vida y que los afortunados que sí sabemos de lo que habla el autor llamamos panteísmo. Roberto consigue que el lector se meta en el mar con Lucía y viva esa unión mística con el océano.

Ese es otro de los aspectos que diferencian a esta novela y que la mayoría de los lectores jamás ha atisbado: el mundo de los surfistas, esa pequeña gran comunidad en que casi todos se conocen y se brindan apoyo entre ellos, el sentimiento casi tribal por compartir el sacerdocio «de los que cabalgan las olas», casi como los Fremen del planeta Arrakis que montaban aquellos gusanos gigantes en la novela Dune, donde el mar era un desierto sin fin y las olas eran de arena.

Pese a la vida en bancarrota de la protagonista, asistimos al vacilante «despertar» de Lucía, un personaje cuyo mundo interior se describe con sabiduría y mucho cariño, aunque sin ahorrarnos también su miseria moral, y que va madurando y desarollando su intuición y su valentía, las cuales tal vez sólo se habían manifestado hasta ahora en su conexión con la mar y con ese saber leer sus estados de ánimo y su última manifestación: las olas.

Esa es la cara oculta de esta obra: la redención del ser humano, la redención de Lucía, alguien tan vulgar y especial como cualquiera de nosotros cuando nos observan bajo un microscopio, pero que es capaz por sus acciones de redimir a los que la rodean, a sí misma y mostrar esa parte espiritual del ser humano que tan aplastada está hoy en día por el materialismo científico.

No revelaré al lector los deliciosos secretos, sorpresas y misterios del alma humana a los que nos asomamos, como en un pozo, durante la lectura de esta Odisea moderna que son las andanzas detectivescas de Lucía. Para eso, el lector tendrá que leer la novela.

PEDRO GONZÁLEZ DEL CAMPO ROMÁN  
Poeta, traductor y corrector literario

# CAPÍTULO 1

## UN CUERPO EN EL SKATEPARK

**L**ucía vive en el borde de la nada, presa en un limbo entre la supervivencia y la resignación. Su apartamento en la zona de Raíces, entre Avilés y Salinas, es un reflejo de su vida: pequeño, desordenado, con restos de un pasado mejor desperdigados entre botellas vacías, tablas de surf y descoloridas revistas. Las fotografías que alguna vez adornaron las paredes han desaparecido, guardadas en algún cajón o directamente quemadas en noches en las que el alcohol pesaba demasiado. No quiere recuerdos. Solo tiene la mar, su mar, su destino.

Cada mañana, después de una noche etílica, se obliga a sumergirse en el agua. Es la única rutina que respeta, la única que le da sentido. En el agua el cuerpo sigue siendo fuerte, sigue respondiendo. Cierra los ojos y recuerda lo que era deslizarse por una ola perfecta, sentir la adrenalina de un campeonato, la ovación del público, la euforia de la victoria. Pero esos días pertenecen a otra vida y se desvanecen en la memoria.

Ahora la única conexión con ese mundo es Parafina, la tienda de surf donde repara y construye tablas con una destreza que pocos poseen. Las manos son su último tesoro.

Esta mañana, mientras el sol apenas roza el horizonte, rema con fuerza sobre su vieja tabla, una de las primeras que moldeó con sus propias manos quince años atrás. El agua fría le muerde la piel ajada como finas cuchillas, despertando los sentidos con cada brazada. El neopreno, sucio y desgasta-

do, con viejos remiendos, se aferra al cuerpo como un testigo silencioso del pasado. Fue el último que aquella marca le envió, cuando su nombre aún significaba algo en el mundo del surf.

Pero nada de eso importa ahora. Sabe que la mar es su única salvación, su única verdad. Cada ola que se alza ante ella le recuerda que sigue aquí, que su cuerpo, aunque marcado por el alcohol y años de autodestrucción, aún responde a la llamada de la mar, su mar. En cada sesión revive, se sacude el peso de los días, se funde con la espuma, con el rugido del agua. Por unos instantes vuelve a ser ella.

Con un frío que le cala el cuerpo sale del agua, se quita el neopreno y se tumba desnuda en la arena de la playa. Deja que el sol de la mañana le bese la tez helada y permite que la brisa marina se lleve la sensación de entumecimiento. Su piel, antaño bronceada por el sol, ahora está cetrina, salpicada de manchas violáceas en las ojeras y pequeñas telarañas rojizas en las mejillas. La hinchazón matinal del rostro, el leve temblor de las manos antes de la primera inmersión, son recordatorios crueles de lo que ha hecho consigo misma. Los labios, aunque siguen siendo grandes y carnosos, están resecos y agrietados; saben más a licor barato que a sal, y su aliento exhala un amargo rastro nocturno que la mar aún no ha conseguido borrar del todo.

Su cuerpo arrastra las huellas del abandono. Los músculos de las piernas se han afilado, las clavículas sobresalen como si quisieran escapar de la piel. Las manos, huesudas y marcadas por cortes y callos, son lo mejor que tiene, el único vínculo con lo que un día fue. Y, sin embargo, en medio del desgaste, su porte aún mantiene el eco majestuoso de la mujer que un día caminó con la certeza de quien ha desafiado las olas más grandes y poderosas. Esa mujer que sintió su furia y su abrazo en cada caída y en cada ascenso.

El pecho, no voluminoso pero bien formado, sigue firme; los hombros anchos y definidos aún sostienen la estructura del antiguo esplendor. Y su caminar, sin que ella lo pretenda, conserva la cadencia sensual de quien ha danzado entre olas y vientos, como si la memoria del cuerpo se negara a olvidar lo que fue. A su manera y sin que ella lo sienta sigue siendo muy atractiva.

Lo peor está en la mirada. Los ojos grises, profundos y misteriosos como la mar en Salinas, han perdido el brillo de antaño. Ahora son opacos, fatigados, con una mirada esquiva. Y, aunque aún surfea, aunque el cuerpo sigue respondiendo, hay algo en la expresión que la delata: la de una mujer que ya no espera nada en esta vida.

Pero la mar aún la sostiene. Y mientras ella siga respirando seguirá volviendo a ella.

Lucía se viste, vuelve a *la Chari*, su destalada furgoneta Volkswagen del 94, deja la tabla y el neopreno mojado detrás y se dirige al *Alimerka*, donde compra lo que últimamente se ha convertido en su desayuno, lo que ella llama «cal y arena»: un tercio de Mahou y un Red Bull.

Se dirige en *la Chari* a su refugio habitual después del baño, la zona de las furgonetas junto al *skatepark* de Salinas. El sol aún no ha terminado de despuntar y el aire lleva consigo un olor denso a gasolina y salitre. Conduce con la ventanilla bajada, dejando que el viento le acaricie el rostro mientras suena *This Mess We're In*, de PJ Harvey y Thom Yorke. La canción le golpea el pecho como una ola fría. Le recuerda a él, a Pedro. Un bajón la atraviesa, de esos que no esquiva, que prefiere abrazar porque, al fin y al cabo, es lo último a lo que puede aferrarse.

Perdida en la ensoñación con la música a todo volumen se fija en algo que capta su atención: a unos metros del *skatepark* una silueta inmóvil destaca sobre el pavimento. Lucía ignora su instinto, ese que siempre la avisa en el mar

cuando algo no encaja. Podría ser cualquier cosa: un joven dormido después de una noche de fiesta, un vagabundo, alguien esperando a que la resaca pase, pero algo dentro de ella se remueve, una punzada de inquietud que la obliga a frenar.

Baja de la furgoneta, camina con cautela y siente el frío pavimento bajo las chanclas. Con cada paso el escalofrío en la espalda se intensifica. Se le corta el aliento cuando distingue la melena densa y oscura, los labios pálidos, los brazos extendidos con una rigidez antinatural.

*Nando.*

El chico que hacía solo unos días le hablaba con emoción de su próxima competición. El mismo al que ella había entregado su última tabla con la promesa de que le vería triunfar. Un chaval noble, sin dobleces, con quien había forjado una amistad sincera.

Lucía se arrodilla junto a él, le menea un hombro con cuidado. No hay respuesta. La piel está fría, demasiado fría. Mira a su alrededor: no hay signos de pelea ni de fiesta. Solo él, tendido sobre el suelo, con una quietud que la aterra.

—No... —susurra, sintiendo la desesperación que le cierra la garganta.

Entonces una imagen le golpea la mente: la sonrisa de *Nando* al hablarle de la chica de la que se estaba enamorando, la emoción al contarle que su vida por fin encajaba, la pasión compartida por el surf, su juventud.

Y ahora está ahí, sin vida.

El miedo le trepa por la garganta como una fría oleada; el peso del alcohol aún en la sangre le nubla el juicio. La mente salta entre fragmentos de realidad, incapaz de asimilar lo que tiene delante. Necesita salir de allí; está en shock.

Con manos torpes se sube a *la Chari*, agarra el volante con fuerza y pisa el acelerador. La respiración es errática, un

jadeo entrecortado que la asfixia. Tiene que salir de allí, borrar lo que ha visto.

Llega al taller de surf y aparca frente a la entrada. No baja enseguida. Se queda aferrada al volante, el temblor en las manos se intensifica.

Respira hondo, se pasa una mano por el rostro. Siente el sudor frío y la angustia se apodera de ella.

Empuja la puerta y la envuelve de inmediato el olor a resina y madera lijada. Es un aroma familiar. Edu está detrás del mostrador, con los brazos cruzados y el ceño fruncido:

—Ya era hora, joder, Lucía. ¿Tenemos muchas tablas con retraso?

Ella no responde, su mente está en otro lugar intentando procesar lo imposible. Con la mirada esquiva se dirige directamente al taller, donde la espera un esqueleto de tabla recién lijado.

—¿Lista para empezar con la siguiente o vas a esperar un día más? —sigue Edu, ajeno a la tormenta que bulle dentro de ella.

Lucía asiente con la cabeza como un autómata. Edu le habla del volumen, de las líneas y el diseño, de los materiales que van a usar en la tabla. Pero ella solo oye ruido de fondo. Su mirada está fija en el vacío, en algo que no está allí.

—Es la seis-cero, la Shallow, para la alemana, acuérdate... ¿Me estás escuchando? —exclama Edu mientras chasquea los dedos frente a su cara.

Lucía ni responde, sin querer ha comenzado a llorar. Edu está acostumbrado a este tipo de escenas.

—Mira, Lucía, ya está bien. —El tono es firme, seco, pero en la mirada de Edu hay algo que impide a Lucía hundirse del todo—. No sé qué cuernos has estado haciendo esta mañana, pero si has vuelto a llegar con una cogorza de campeonato te puedes largar. No tengo tiempo para estas mierdas hoy.

Lucía baja la cabeza, sin fuerzas para defenderse. Edu la observa unos segundos, resopla y se pasa con frustración una mano por el pelo largo y enmarañado.

—Joder, Lucía... —Su voz grave baja un tono, más contenida, pero sin perder firmeza—. ¿Sabes lo difícil que es sacar esto adelante? Cada día me cuesta Dios y ayuda mantener la tienda a flote, y te necesito aquí, pero entera. No puedo seguir así, sin saber si vas a venir, en qué estado vas a llegar...

Lucía desvía la mirada, siente el peso de sus palabras, pero Edu no ha terminado:

—Sabes que siempre voy a estar para lo que necesites. Lo que sea. Eso sí, tienes que poner de tu parte, tía..., porque, si no, llegará un día en el que no me quede otra que largarte. Y eso no quiero hacerlo. De verdad que no.

Un silencio denso se instala entre ellos. Edu suspira, se rasca la nuca y añade con un tono más suave:

—Dime que puedo contar contigo, Lucía.

Lucía parpadea aturdida. No ha bebido. No ha pensado en beber. Ni siquiera lo ha echado de menos. Y ese pensamiento la golpea con fuerza. La imagen del chaval regresa nítida. Su muerte, su silencio, su cuerpo inerte.

Sale del taller sin chistar y deja a Edu con la palabra en la boca. Se sube a *la Chari* y arranca con brusquedad; la furgoneta levanta una nube de polvo y arena a su paso.

No lleva teléfono. Nunca lo ha llevado, siempre se ha resistido a la idea de estar localizable, pero ahora, con *Nando* ahí tirado, desearía poder hacer una llamada. No importa. Sabe exactamente adonde tiene que ir.

Se dirige a la comisaría, las manos aferradas al volante con una tensión casi dolorosa. *La Chari* ruge al acelerar mientras se desliza por las calles de Salinas envueltas en la tenue luz matinal. Su mente está aturdida, atrapada en la imagen del cuerpo inmóvil de *Nando* sobre el pavimen-

to, en la inexplicable quietud de sus rasgos congelados en la muerte.

Cuando aparcá frente a la Policía local de Castrillón se toma unos segundos antes de salir de la furgoneta. Mira la bolsa del *Alimerka*. Coge la botella de cerveza y abre la chapa del botellín con un mechero; recuerda que tiene el tabaco de liar en la guantera. Saca el paquete con manos temblorosas y lía un cigarro rápidamente. Lo enciende con una calada profunda y siente el humo que le quema la garganta.

Con el cigarro entre los labios alza el botellín y observa el líquido ámbar. El ansia le revuelve el estómago, siente una necesidad punzante, urgente. Aprieta la mandíbula. Sus dedos rodean el cuello de la botella con una fuerza excesiva. Por un instante, el pulgar jueguea con la condensación en el vidrio. Pero, entonces, sin saber de dónde saca la voluntad, cierra los ojos y con un gesto brusco lanza la botella fuera de la furgoneta. El cristal estalla contra el suelo con un sonido seco y definitivo. Apaga el cigarro con rabia contra el ceniceiro del salpicadero y sale del vehículo.

Respira hondo intentando contener el temblor de las manos. Con pasos rígidos atraviesa la puerta de cristal y se acerca al mostrador de recepción.

Detrás del mostrador la recibe Susana Torres, una mujer corpulenta con el ceño fruncido. En cuanto la ve resopla, niega con la cabeza y esboza una sonrisa burlona:

—Lucía, joder, no me digas que vienes a contar que te han vuelto a desplumar, que has perdido tu chatarra o cualquier otra de tus movidas. Que bastante tuvimos la semana pasada con el numerito en *La Luna*; menos mal que la chavala retiró la denuncia.

—No es eso, Torres. No vengo por mí —Lucía niega con la cabeza, con la boca seca y la paciencia agotada.

—Entonces, ¿qué pasa? —La agente entrecierra los ojos y la escanea con desconfianza.

Lucía se inclina sobre el mostrador con la voz tensa:

—Acabo de encontrar un cuerpo en el *skatepark*. Un chico al que conozco. Está allí ahora mismo.

Torres pierde la sonrisa de golpe. La mira fijamente, buscando indicios de que le esté tomando el pelo, pero su expresión la convence de inmediato. Agarra el teléfono y hace una seña a otro agente mientras mantiene la mirada clavada en ella:

—Acompáñame.

La conducen a una salita. El hombre que la observa con gesto cansado le resulta ajeno. Se trata de un tipo esbelto, de cabello entrecano y mirada inquisitiva, atractivo en un modo sobrio que impone respeto.

—Siéntese —dice sin preámbulos—. Soy el inspector Ricardo Ramos.

Lucía obedece. Se siente una intrusa en aquel lugar, un escenario que no le pertenece. Ricardo toma la libreta:

—¿Nombre?

—Lucía Martínez.

—¿Edad?

—Cuarenta y seis... ¿Y Gabriel Sáez? —Lucía duda un segundo antes de preguntar.

—Trasladado —Ricardo levanta la vista, cortante—. Aca-  
bo de ocupar su puesto. Vengo de fuera.

Y, sin darle más espacio, vuelve la mirada a la libreta. Lucía se queda en silencio, algo tensa. No sabe si es por el tipo o por lo que está a punto de contar.

El inspector levanta la vista y la observa con determinación:

—Dijo que encontró un cuerpo en una instalación de Salinas. Cuénteme exactamente lo que vio.

Lucía traga saliva. Sabe que no puede titubear, que cada palabra que diga será analizada. Cierra los ojos intentando organizar sus pensamientos:

—En el *skatepark*. Es *Nando*, un chaval que conozco del surf. Estaba tendido en el suelo, boca arriba. No había sangre ni signos de pelea. Parecía dormido, pero estaba frío, muy frío.

El inspector escribe con rapidez, aunque ella nota que la observa de reojo:

—¿Llamó a emergencias?

—No tengo móvil. No sabía qué hacer.

El inspector entrelaza los dedos y la mira con expresión indescifrable:

—Comprobaremos todo esto. ¿Algo más?

—No —Lucía niega con la cabeza sintiendo que ya no hay vuelta atrás.

—Bien —Ramos cierra la libreta con un gesto seco—. No se aleje demasiado, es probable que la llamemos en los próximos días.

Se levanta, dando por terminada la conversación. Lucía se queda sentada un segundo más, como si su cuerpo aún no pudiera moverse.

## CAPÍTULO 2

# EL POLICÍA DEL KARMA

**D**os días después la puerta de la tienda de surf se abre sin previo aviso.

Lucía está en la parte trasera y pule una tabla con movimientos mecánicos. El sonido de la lija contra la fibra de vidrio la tranquiliza, un recordatorio de que hay cosas que aún controla. En un aparato de radio cubierto de pintura, serrín y polvo suena *Karma Police* de Radiohead, su grupo favorito. El tono lúgido y decadente se sincroniza con su estado de ánimo.

Pero, cuando levanta la vista y ve a Ricardo Ramos en la entrada, su cuerpo se tensa.

El inspector se pasea por el local con las manos en los bolsillos, observa las tablas expuestas con aparente interés. Finalmente se vuelve hacia ella:

—Bonito sitio y pedazo de tema el que está sonando, ya quisiera yo...

—¿El qué?

—Ser un policía del karma.

Aunque le ha hecho gracia, intenta que no se le note. Se sacude el polvo de resina de las manos y se cruza de brazos:

—¿Qué quiere? —pregunta Lucía, sin ocultar cierta desconfianza.

—Para empezar, que me tutees. —Él la mira con calma, esboza una leve sonrisa. Hace una breve pausa y cambia el tono, algo más profesional—. He revisado el informe de la autopsia. Todo apunta a un coma etílico. Fin de la historia.

—No puede ser solo eso. —Lucía siente una punzada de frustración en el pecho.

Ricardo la estudia un momento antes de dar un paso más hacia ella:

—Hay testigos que vieron cómo desvariaba. Decía cosas sin sentido, se fue dando tumbos de *La Luna*. Al parecer mezcló de más.

—*Nando* no era de los que se ponen así. —Lucía niega con la cabeza. Algo no encaja.

—¿Cómo sabes eso? —Ricardo levanta una ceja.

—Lo conocía. Se estaba preparando para una competición. Que yo sepa no bebía.

El inspector la observa en silencio. Luego, sin previo aviso, toma una tabla de surf de uno de los estantes y la examina con atención:

—Bonito trabajo. ¿Las haces tú?

—Esta es mía, sí. —Lucía suspira agotada.

Ricardo desliza la mano por el raíl de la tabla, tantea el acabado con interés.

—Yo también surfeo; lo mismo me tienes que hacer una.

—¿Ah, sí? —dice Lucía con un deje de escepticismo.

—Sí. No soy un pro, pero me defiendo —responde él con una sonrisa confiada—. Si quieras podemos quedar un día.

Lucía no sabe qué responder. La propuesta la pilla desprevenida. No está segura de si es un intento de acercamiento personal o si simplemente la está tanteando.

Ricardo parece notar su confusión y se adelanta antes de que pueda decir algo:

—No te hagas ilusiones —aclara con un tono entre serio y burlón—. Acabo de instalarme en un piso frente a la playa y busco a alguien con quien meterme al agua. Nada más.

Lucía arquea una ceja. Luego, sin pensarlo demasiado, suelta con sequedad:

—Para surfear conmigo antes hay que haberse partido la crisma en olas de cinco metros, y tú no tienes pinta de haberlo hecho.

El inspector la mira divertido y deja la tabla en su sitio:

—Vaya con la *surfer*. Supongo que tendré que hacer méritos para quedar contigo.

Lucía se cruza de brazos sin apartar la mirada. Ricardo sostiene el cruce de miradas un momento más y después da un paso atrás.

—Nos veremos pronto —dice antes de girarse y salir por la puerta.

Lucía se queda allí, con el polvo de resina pegado a los dedos; siente un nudo en el estómago. No sabe qué le molesta más: si la visita inesperada de Ricardo o la certeza de que ella misma no va a dejar las cosas tal y como están.